

El compromiso social de nuestra universidad

Fray Carlos Mario Alzate Montes, O.P. *

Resumen

La construcción de un nuevo modelo de sociedad, en el que la persona esté en el centro de las metas económicas y los planes de desarrollo, encuentra en la Universidad un poderoso aliado, en la medida en que ésta haga de la responsabilidad social de sus directivos, profesores, egresados y estudiantes, un eje fundamental de su quehacer académico y logre consolidar un proyecto educativo en el que la docencia y la investigación encuentren su referente en el compromiso serio por mejorar las condiciones de vida de su entorno y del país.

Palabras clave: Compromiso ético, calidad educativa, universidad, proyección social, responsabilidad empresarial.

Abstract

The construction of a new model of society, in which the person is at the centre of economic goals and development plans, located at the University a powerful ally, to the extent that it makes social responsibility of its

* Rector Universidad Santo Tomás, Seccional Tunja.

directors, Teachers, alumni and students, a cornerstone of his academic work and achieve consolidate an educational project in which teaching and research in regards to find their serious commitment to improve the living conditions of their environment and the country.

Key Words: Ethical commitment, quality education, school, social projection, corporate responsibility.

EL COMPROMISO SOCIAL DE NUESTRA UNIVERSIDAD

Hace pocas semanas tuve la fortuna de participar en la instalación oficial de la visita a la sede principal de cinco pares académicos de las más altas ejecutorias, con el fin de obtener la acreditación institucional de alta calidad y acceder al exclusivo club de las 12 mejores universidades colombianas.

Me llamó poderosamente la atención una pregunta muy aguda formulada por el señor Silva, presidente del organismo que en Chile hace las veces del CNA colombiano: ¿qué hace la Santo Tomás por garantizar la calidad profesional y la idoneidad moral de sus egresados en el ejercicio de su desempeño laboral?

En ese momento admití para mis adentros, que hacemos poco, por ello, me

dispongo hacer una reflexión sobre el compromiso social de directivos, profesores, egresados y estudiantes de la Universidad, por mejorar las condiciones de vida de nuestro país.

Así, define el DRAE: **Compromiso:** Obligación contraída, palabra dada, fe empeñada. Y **Social**, que alude al verbo socializar, y bajo éste se lee “*Promover las condiciones sociales que, independientemente de las relaciones con el Estado, favorezcan en los seres humanos el desarrollo integral de su persona*”. Curiosa limitación ésta. Los académicos impusieron una salvaguarda ideológica, sacaron al Estado, limitación que no encontramos en ninguna otra lengua ni siquiera en otro de los grandes diccionarios castellanos como es el de María Moliner, que dice simplemente: Socializar: Promover la adaptación e integración en la vida social de un individuo o de varios.

El sólo hurgar en los códigos del lenguaje me hizo ver que entraba en un terreno minado, advirtiéndome cuán difícil resulta hablar con imparcialidad del tema que vamos a abordar.

Para cerrar estas reflexiones preliminares es todavía necesaria una reflexión sobre el contexto y resulta oportuno recordar el mensaje de la UNESCO. Uno de cuyos principios axiales es promover una “*educación de calidad igual para todos*”. Principio pertinente para esta charla, pues es la base del compromiso social de todas las universidades. Para comprender su

alcance en el marco de la universidad colombiana es preciso agregar a este principio al menos dos vectores: el de **finalidad** y el de **identidad**. La finalidad de la universidad no es servir al capital privado, sino al bien público, recordando –eso sí– que dentro de éste está el capital privado. La identidad o las identidades son otro de los caballitos de batalla de la UNESCO y las encontramos muy presentes en la convivencia, en el reconocimiento de la diversidad cultural y en la fundamentación de la paz...

¿En qué consiste, pues, el compromiso social de la universidad?

En realidad es un compromiso amplio que se extiende sobre diversos campos vinculados a la consolidación y perfeccionamiento del modelo social: la equidad, la ciencia, la eficiencia profesional, la cultura, la identidad, el pluralismo ideológico, la ética social, la conservación de la memoria histórica y de la universalidad del saber, y la creación de masa crítica. Todo esto en el marco de una puesta al día permanente, que implica su actualización frente al avance del conocimiento, y nuevos diálogos con interlocutores que representan fuerzas de renovación social. Finalmente, más allá del compromiso regional, la universidad tiene un compromiso nacional.

Emana este **compromiso social** de un mandato constitucional, pues el Estado delega una parte importante de su responsabilidad social en el aparato educacional; en particular en la educación superior. Misión fundamental de la universidad es garantizar la igualdad de oportunidades. Otras misiones pueden ser incluso discordantes según las circunstancias, pero en cuanto aparato ideológico del Estado, la educación reproduce el modelo de sociedad establecido por la Constitución y en cuanto espacio de libertad intelectual y progreso, orienta su ser y su quehacer en desarrollar el bien común, que es un bien social, y en el pensamiento crítico –incluso en la disidencia en casos de Estados dictatoriales– para formar a los estudiantes en valores ciudadanos, democráticos y universales.

La educación es la que está al servicio de la nación; por ello, es un bien público. Por cierto, no quiere decir que no esté igualmente al servicio de la ciencia, la tecnología, la cultura y la empresa. Pero el desarrollo de estos campos es también y, ante todo, de interés social y nacional.

Por lo anterior, no en balde podemos llamar a la educación, arma clave contra la desigualdad, pues está llamada a combatir las injusticias sociales y a reducir la distancia entre los pobres y los ricos.

A la vez, no se puede olvidar que una política educativa que aspire a la

igualdad de oportunidades sólo tiene sentido si se consigue manteniendo una **alta calidad** de la enseñanza, pues tan absurdo sería repartir sin crecer como igualar por abajo, a costa de la calidad. Garantizar la igualdad de oportunidades es tanto más importante en Colombia en cuanto este es el país –junto con Brasil y Chile– con mayores desniveles de ingresos en el continente, pero insisto, garantizando la accesibilidad con una exigencia irrenunciable de excelencia.

Es evidente que el concepto de calidad varía. Si discutimos la educación desde su función integradora, la cuestión es saber qué es oportuno aprender hoy en Colombia. Una educación de calidad es aquella que permite a todos aprender lo que necesitan para el momento y la circunstancia en que viven y en tal sentido, debe focalizar en primer término la **pertinencia** social e individual. Además de pertinente debe ser **eficiente** y **eficaz**: la eficiencia es una virtud, el talento de lograr un efecto determinado; la eficacia es la capacidad de obrar poderosamente. El modelo educativo neoliberal sólo comprende la educación en términos de eficacia, olvida la eficiencia, la pertinencia y descontextualiza la función cognitiva (la separa de sus responsabilidades sociales) en una óptica global multinacional. Y cuando discute calidad de la educación sólo considera factores de eficacia.

La educación en valores asocia la función cognitiva a una función

formativa global capaz de promover vínculos con el entorno y entender sus fines en los contextos sociales y de época. Apunta, como veremos, a la formación del profesional social. Por otra parte, la educación de calidad no termina nunca, pues el mundo cambia cada vez más rápido y el saber debe estar constantemente reciclándose, porque la exigencia formativa aumenta día a día. Por ello, es necesario que el modelo universitario dote a los estudiantes de la capacidad de “*aprender a aprender*” para que se sigan cultivando a lo largo de la vida, de modo que la universidad debe constituirse como una “*aula abierta*”

Por eso, no sólo se justifica la educación con un argumento de equidad, sino también de eficiencia: que la sociedad en la cual uno vive tenga un alto nivel educativo no sólo hace la convivencia más soportable, sino que nos enriquece a todos, a través de una mayor productividad. Es indispensable hacer del capital humano el principal recurso de todos cuantos disponemos. Sólo así podremos pasar de la sociedad de la información a la sociedad del conocimiento. El capital humano es un elemento clave para alcanzar mayor productividad y para generar y adoptar nuevas tecnologías.

Cualquiera que sea el concepto de desarrollo que se asuma, la cultura desempeña un papel central, lo que confiere a la educación un valor esencial para el desarrollo cultural.

Es de particular importancia el desarrollo de la cultura como identidad. La afirmación de la identidad en los estudios universitarios debe darle una conciencia crítica al estudiante, para que no caiga en una inmadura admiración por lo nuevo y lo que viene de fuera, antes de Europa, hoy de los EEUU. Y comprenda que una forma colonial del pensamiento y moderna del escolasticismo es repetir machaconamente como dogmas de fe, temas y conceptos avalados por autores centrales, pues también en la valoración del pensamiento hay centro y periferia.

Respecto de la **globalización**, uno de los grandes temas de nuestro tiempo, la universidad debe discernir criterios de pertinencia. Para instaurarlos debe formar culturalmente y entender la cultura como identidad. Sólo así podemos pasar de la sociedad de la información a la sociedad del conocimiento, que es la de la información seleccionada y procesada. La sociedad de la información es ancha y ajena, pero la sociedad del conocimiento puede y debe ser nuestra.

Algún pedagogo latinoamericano define la universidad como la conciencia ética de la vida, en efecto, la universidad debe revisar permanentemente el **compromiso ético**, a partir de los principios universales y los locales. El respeto a la dignidad de las personas, los derechos humanos, la libertad, el Estado de derecho, la igualdad y la solidaridad son la base de nuestra

identidad y el fundamento del orden político y la paz social. No son cuestiones estáticas sino que se relanzan permanentemente como respuesta a la activación de las pulsiones políticas, de los efectos de las nuevas tecnologías y de los movimientos sociales.

La **ética** y la **formación en valores** van de la mano con el pensamiento crítico. Por eso resulta alarmante advertir –como se está planteando actualmente–, que Colombia necesita mano de obra calificada en actividades útiles y que tenemos sobreoferta de profesionales en programas humanísticos. No quisiera ser sarcástico, pero me niego a aceptar que Boyacá –constelada por una pléyade de hombres ilustres, entre ellos, doce que han ocupado el solio de Bolívar– siga siendo proveedora –para Bogotá sobre todo– de mano de obra no calificada y de técnicos de salario mínimo. Muy por el contrario, necesitamos abogados, ingenieros, médicos, maestros, artistas... ¿hace cuánto que el departamento no cuenta, por ejemplo, con un Ministro de Estado?

En el marco de su responsabilidad social, a la universidad, se le plantea una cuestión ética y curricular: Desarrollar un neohumanismo que se enfrente a ese neoindividualismo rampante y que forme la conciencia del profesional social en la ética de la inaceptabilidad de considerar a cualquier ser humano desechable.

La conservación de la **memoria histórica** es otra responsabilidad fundamental de la universidad. Para que la nación exista es necesario que se cuente a sí misma. Si no se cuenta, no construye una imagen que le permita hacerse, pues no hay posibilidades de crear sentimiento nacional sin un relato sobre los orígenes de la nación, sus cualidades únicas, sus héroes y sus hazañas; es decir, sin construir un imaginario consolidado que vaya más allá de estereotipos, producto de la moda

La **sabiduría** alude a la universalidad del saber. Señala Edgard Morin que la hiper-especialización generalizada, la división de los saberes según especialidades cerradas, más la orientación de la educación hacia el mercado, movida por el espíritu de lucro, provocan la pérdida de la solidaridad social. Es necesario entonces, reivindicar la sabiduría como forma privilegiada del conocimiento, pues el actual cientificismo maniqueo y eficientista, ha llevado a una fragmentación cada vez mayor del saber, lo cual no sólo nos aleja de la sabiduría, sino que dificulta incluso pensar críticamente. Las ciencias se han vuelto tan especializadas y tecnológicas que se pierde la pasión por el conocimiento y si la sabiduría agrega a la erudición la experiencia, la sabiduría contiene la memoria histórica. Hoy se quiere sustituir esta memoria por otra basada en el culto a una inteligencia tecnológica, numérica, digital, con lo cual la sabiduría pierde su lugar y su

hegemonía para orientar el conocimiento. La universidad debe velar porque ambas inteligencias subsistan y se unan.

Finalmente, un interlocutor cada vez más presente es el **empresariado**. El diálogo universidad-empresa es indispensable para el desarrollo de la economía y tiene importantes consecuencias sociales. Las plataformas tecnológicas de las que se habla tanto hoy, plantean un reto especial, pues se basan en la capacidad de las empresas para asumir un papel de liderazgo y para identificar necesidades futuras en el ámbito de la investigación y el desarrollo tecnológico, que permitan definir estrategias a largo plazo. Esto implica un diálogo Empresa - Universidad que traduzca las necesidades industriales en necesidades de investigación y los resultados de la investigación en aplicaciones útiles para la empresa.

Para la muestra un botón, hace un mes, una fundación norteamericana me envió una evaluación para aplicar a las 50 empresas más importantes del país, en lo relacionado con su compromiso en el campo ambiental y en la responsabilidad social. Por encima de competencias específicas, todas ellas expresaron su deseo de formar líderes de mente abierta, capaces de aprender, fiables en lo que se les encomiende, aptos para el trabajo en equipo y con valores espirituales, yo me atrevería a decir, religiosos. Y se quejaban de que no

siempre la educación superior aportaba esos valores tan esenciales.

Teniendo en consideración las exigencias de la sociedad y del mercado, tenemos que formar un profesional-social; intelectualmente preparado para ejercer con eficiencia destrezas profesionales y conscientemente formado en sus deberes solidarios de ciudadano y de ser humano.

Para formarlo son necesarios dos tipos de contenidos: unos podemos llamarlos saberes y otros habilidades. Los saberes son la erudición y se adquieren a través de las asignaturas. Las habilidades, que comprenden hábitos y destrezas, se desarrollan con la educación que, aunque basada en la instrucción, tiene que ver con otra dimensión del conocimiento: la sensibilidad —como el dolor ante las injusticias o la repulsa a cualquier síntoma de corrupción—, desarrolla virtudes cívicas que ayudan a conducirnos en la vida social. Las habilidades no se transmiten con facilidad mediante las asignaturas

porque exigen procedimientos vivenciales, donde el afecto, el compromiso y la participación activa son condiciones esenciales para su adquisición. La educación del profesional social requiere la formación en una cultura social, compuesta de valores y abierta al entorno que predisponga al servicio solidario y desinteresado.

A los profesionales tomasinos, los exhorto a prolongar en el tiempo y en el espacio el espíritu de esta Universidad católica y humanista, con la limpieza de sus costumbres, la calidez de sus afectos, la idoneidad de sus tareas y la honradez en todos los actos públicos y privados.

A los directivos, docentes y administrativos de la seccional, la invitación es a no desfallecer en esta noble labor de construir la dirigencia de Boyacá. Tarea nada fácil, muchas veces incomprendida y tentada por el desencanto.